

to, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decían, que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.

## Capítulo III

## Las apariciones

## Primera aparición

**M**ió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se vé en su bendita Imagen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, antes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo *que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales, que allí nacen pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinas de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes: y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:*

—*Hijo mío, Juan Diego; á quien amo tiernamente,*

como á pequeñito y delicado (que todo esto suena la locución del lenguaje mexicano) ¿adónde vas?

Respondió el indio:

—Voy, noble dueño y Señora mía, á México, y al barrio de Tlaltelolco á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.

Habiéndole oído María Santísima, le dijo así:

—Sábeta, hijo mío, muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oír sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mío que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto tú, que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres; y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.

Postrándose el indio en tierra, le respondió:

—Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad, baja-

da la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecución de lo prometido fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del Señor Obispo: era este el Ilustrísimo Señor Don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde: obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de Su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada diciéndole: *que le enviaba la Madre de Dios, á quien había visto y hablado aquella madrugada*; y refirió todo cuanto había visto y oído, según que dejamos dicho. Oyó con admiración lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fe y crédito, juzgando que fuese imaginación del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusión del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religión: y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que había referido, y le halló constante; con todo le despidió, diciendo, que volviese de allí algunos días porque quería inquirir el negocio á que había ido muy de raíz, y le oiría más despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero, y dar tiempo á la deliberación. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le había dado entera fe y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

## Segunda aparición

Volvió Juan Diego este propio día sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivía, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac* que cae á la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua, á la parte del Nordeste. *Tolpetlac* significa *lugar de esteras de espadaña*, porque sería en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo, en que por la mañana había visto y hablado á la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

—Niña mía, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo, hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atención, mas á lo que yo vi en él, y según las preguntas que me hizo colegí, que no me había dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba, y escudriñar lo muy de raíz. Presumió, que el templo que pides se te labre, es ficción mía, ó antojo mío, y no voluntad tuya: y así te ruego, que envíes para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mío, que soy un pobre

villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías: perdona, Reina mía, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caído en tu indignación, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.

Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenía en el escrito histórico de los naturales; y no tiene otra cosa mía, si no es la traslación del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase.

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oído, le dijo así:

—Oye, hijo mío muy amado, sábetelo que no me faltan sirvientes, ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harían lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervención tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y así te ruego, hijo mío, y te ordeno, que vuelvas mañana, á ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envía, es la Virgen María, Madre del Dios verdadero.

Respondió Juan Diego:

—No recibas disgusto, Reina y Señora mía, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazón á obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me excuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto ni bien oído, ó ya que me oiga el Obispo, no me dará crédito; con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere: y así queda en paz, alta niña mía, y Dios te guarde.

Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á

su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á alguna persona de lo que le había sucedido, porque no lo decía la historia: sino es que confuso y avergonzado de que no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

En el día siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago *Tlaltelolco* á oír misa, y asistir á la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entonces era una sola, y muy dilatada la de Santiago *Tlaltelolco*, que se dividió después en otras cuando hubo copia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del Señor Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Señor Obispo el avisarle para que le oyese; habiendo entrado, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos, «como por segunda vez había visto á la Madre de Dios »en el propio lugar que la vió la vez primera; que le »aguardaba con la respuesta del recado que le había dado »antes; y que de nuevo le había mandado volver á su »presencia á decirle, que le edificase un templo en aquel »sitio que la había visto y hablado; y que le certificase »como era la Madre de Jesucristo la que lo enviaba, y »la siempre Virgen María.»

Oyóle con mayor atención el Señor Obispo, y empezó á moverse, á darle crédito; y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas cerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decía, y acerca de las señas que tenía la Señora que lo enviaba: y aunque por ellas reconoció que no podía ser sueño ni ficción del indio; para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad

el dar crédito á la relación sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: «que no era bastante lo que le había »dicho, para poner luego por obra lo que pretendía; y que »así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas »señas de donde coligiese que era la Madre de Dios la »que lo enviaba, y que era voluntad suya que se labrase »templo.» Respondió el indio, «que viese cuál señal que- »ría, para que la pidiese.» Habiendo hecho reparo el Señor Obispo, que no había puesto excusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, antes sin turbación alguna había dicho, que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de más confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendía el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguían, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que había señalado, y en que afirmaba haber visto á la Virgen María; y que advirtiesen con quien hablaba, y le trajesen razón de todo cuanto vieses y entendiesen: hízose así conforme al orden del Señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el río, que por aquella parte, y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que lo seguían: y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron: y teniéndole por embaidor, y mentiroso ó hechicero, se volvieron desechados con él: y habiendo informado de todo al Señor

Obispo, le pidieron que no le diese crédito, y que le castigase por el embeleco, si volviese.

Tercera aparición

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Señor Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á María Santísima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo: «como en cumplimiento de su mandato, había vuelto al Palacio del Obispo, y le había dado su mensaje; y que después de varias preguntas y repreguntas que le había hecho, le dijo no era bastante su simple relación, para tomar resolución en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase templo en este sitio.»

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese el día siguiente al mismo paraje, y que allí le daría señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortésmente, prometida la obediencia.

Pasó el día siguiente, lunes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecución lo que se le había ordenado, porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tío suyo, llamado Juan Bernardino. á quien amaba entrañablemente, y tenía en lugar de pa-

dre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *Cocoliztli*; y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algún remedio: y habiéndole conducido adonde estaba el enfermo, y hechósele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago *Tlaltelolco* á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema Unción, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del día martes doce de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar uno de los sacerdotes y volver en su compañía por su guía: y así como empezó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde había de subir á la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la Virgen María, como había prometido; y le pareció que si llegase al lugar en que la había visto, había de reprenderlo, por no haber vuelto, como le había ordenado, y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguía por lo bajo y falda del montecillo, no le vería ni detendría; y porque requería prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado, podría volver á pedir la señal que había de llevarle al Señor Obispo: hizolo así; y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.